

POR AMOR AL ARTE

En esta historia vas a conocer a estos personajes:

Lola Lago: es jefa de una agencia de detectives en Madrid. Tiene un nuevo caso para solucionar

Paco: trabaja con Lola Lago. Es su socio y también su amigo.

Miguel: es el otro socio de Lola. Los tres son detectives.

Margarita: es la secretaria de Lola, de Paco y de Miguel.

Cayetano Gaos: es el propietario de una galería de arte. Sospecha que le han estafado con unos cuadros que compró.

Ángela Hernández: trabaja de enfermera en un hospital de Girona, pero su gran pasión es la pintura.

Javier Mézquiriz: es un buen amigo de Lola. Es pintor.

María: trabaja como dependienta en «Diseño Art», una tienda de pintura y dibujo de Figueres.

Hay cosas que se hacen por amor, otras se hacen por amor al arte... Esta la hice por las dos cosas.

Lunes, 15 de octubre de 1989

He pasado un puente¹ estupendo. He estado con unos amigos en un pueblecito de la Sierra². Ha hecho un tiempo maravilloso y lo he pasado muy bien. El único problema es que he comido muchísimo, demasiado. Todo el día comiendo chuletas de cordero³ con patatas fritas. Hoy mismo he empezado una dieta. Voy a comer ensalada y fruta toda la semana.

Esta tarde ha venido un cliente a encargarme un nuevo caso. Ha llegado a media tarde, sobre las seis o seis y media.

Margarita, la secretaria, me ha dicho:

-Lola, en la sala de espera hay un nuevo cliente.

-Ya puede pasar -le he dicho yo.

-Oye, Lola, una cosa...

-Dime.

-Mírale a los ojos... -me ha dicho Margarita. -¿Los ojos? ¿Por qué?

-Son los ojos más bonitos que he visto nunca...

-¡Pobre Tony!

Margarita rápidamente se ha ido a su despacho un poco enfadada. Tony es el novio de Margarita. Están todo el día hablando por teléfono. Margarita trabaja poco, la verdad. Lee revistas del corazón⁴, se arregla las uñas, se pinta los ojos y habla por teléfono con su novio... Pero le tengo cariño.

Cuando ha entrado el nuevo cliente, me he quedado sin respiración. ¡Qué ojos, Dios mío⁵! ¡Qué ojos, qué nariz, qué boca, qué cuerpo, qué todo...! ¡Qué hombre...!

-¿Lola Lago? Soy...

«Harrison Ford», he pensado yo.

-...Cayetano Gaos, el propietario de la galería de arte «Acanto»... -Encantada.

Y era exactamente la verdad.

-Un amigo de un amigo mío me ha dado tu dirección. -Ah, ¿sí? ¿Quién? -Alonso de la Prada.

-Ah, claro, Alonso... Hace mucho que no nos vemos.

Con Alonso de la Prada tuve una apasionada historia de amor de tres fines de semana. Después desapareció. Ni una llamada telefónica ni una carta. Nada.

-¿Qué tal está? -le he preguntado muy educadamente.

-Muy bien. Se va a casar dentro de poco con una holandesa, creo, y se van a vivir a Estrasburgo...

-Ah, me alegro.

En realidad me he alegrado solo de una cosa: el imbécil de Alonso le ha hablado de mí a Cayetano y Cayetano, el hombre más guapo que he conocido, ha venido a verme. A verme a mí.

-Bueno -ha continuado Cayetano-, yo he venido para ofrecerte un trabajo. -Dime.

-Hace unos meses compré unos cuadros de un famoso pintor. Urpiano se llama. No sé si lo conoces.

Yo no tenía ni idea. Últimamente tengo mucho trabajo y ni voy a exposiciones ni leo el periódico. Pero he mentido:

-Sí, claro, sé quién es.

-¿Te gusta la pintura?

-Me encanta -he dicho haciéndome la interesante.

La pintura me gusta, la verdad, aunque no entiendo nada. Pero no tengo porqué dar explicaciones a desconocidos. Y menos a un desconocido guapo.

-Bueno, el caso es que compré varios cuadros en una subasta en Barcelona, en Sitehevist...

-Ah, en Sitehevist...

-Me gasté muchísimo dinero... Unos cincuenta millones... «¡Cielo santo!», he pensado.

Nunca he visto juntos ni un millón de pesetas. Pero, como una buena actriz, he dicho: -Cincuenta...

-Pero me parece que son falsos.

-O sea, que compraste unos cuadros por cincuenta millones de pesetas sin saber si eran auténticos o no.

-No, no... Los cuadros son auténticos. Los especialistas de Sitehevist los estudiaron y son auténticos.

-Entonces no lo entiendo.

-Me parece que todos, repito, todos los cuadros de Urpiano son falsos...

-Como van a ser falsos todos los cuadros de un pintor... -he dicho sonriendo con inteligencia.

-Pues porque Urpiano no existe, creo.

-¿Cómo?

-Que Urpiano no existe. Creo que es una mentira. Un montaje, vaya. Y quiero que tú lo descubras. -¿Y por qué no vas a la policía?

-La única posibilidad que tengo de recuperar los cincuenta millones de pesetas es descubrir que Urpiano, el famoso pintor surrealista, no existe... Si descubrimos eso y podemos probarlo, estoy salvado. Me voy a convertir en un experto. Más experto que muchas casas de subastas famosas en el mundo...

«Es una buena explicación», he pensado.

-O sea que lo voy a descubrir yo, pero te vas a hacer rico tú...

-Pienso pagarte bien. -Ah, ¿sí? ¿Cuánto?

Soy una mujer terriblemente práctica a veces.

-Setecientos cincuenta mil pesetas por descubrirlo y, luego, un uno por ciento de mis ganancias...

Nadie me ha pagado nunca setecientos cincuenta mil pesetas por un caso. Pero no iba a decírselo a él.

-¿Y los gastos?

-Los gastos los pago yo, naturalmente. -Está bien. De acuerdo. Necesito cien mil pesetas por adelantado. Y una cosa... -¿Sí?

-Si dentro de dos meses todavía no lo hemos descubierto, puedes darle el caso a otro detective o si no... -Si no, ¿qué? - me ha preguntado.

-Si sigo yo, tendrás que pagarme doscientas mil cada mes. ¿De acuerdo? Setecientos cincuenta mil hasta diciembre más los gastos. Y a

partir de mediados de diciembre, doscientas mil al mes más los gastos... Y, luego, el uno por ciento...

-De acuerdo.

Y se ha ido. Aquí tengo su dirección y sus teléfonos. Mañana tengo una reunión con mis socios. Es el caso más estimulante de los últimos años. Y no solo por el arte.

Martes, 16 de octubre de 1989

Esta mañana he tenido la reunión con mis socios. A las nueve de la mañana ha llegado Margarita. Es la primera vez en la historia que llega puntual.

-¿Qué haces tan pronto?

-Lola, ¿tiene que venir el chico de ayer?

-¿Te encuentras bien, Margarita? ¿De quién hablas?

-Del chico ese de ayer. El de los ojos... Cayetano Gaos se llama, ¿no?

-No, no tiene que venir -le he dicho muy seria.

-Pero volverá, ¿no?

-Algún día, Margarita, algún día...

-Ay, eso espero.

Se ha sentado en su mesa y ha llamado su novio. Sin ningún problema: «Sí, mi amor», «No, mi amor», «Claro, mi amor», «Un besito muy fuerte, mi amor»...

Luego ha llegado Feliciano, el chico de los recados. Feliciano es muy joven, muy feo, pero encantador. Fundamentalmente le gustan dos cosas: comer bocadillos y Margarita. Está secretamente enamorado de Margarita. Muchos días le escribe poemas. Ella no lo sabe. Yo sí. Soy detective.

Miguel, uno de mis socios ha llegado pronto como siempre. Y Paco, el otro socio, ha llegado, como siempre, tarde.

-Perdonadme, pero es que he tenido un lío tremendo... -nos ha dicho Paco.

-¿Cómo se llama «ella» esta vez? -he pronunciado «ella» con mucha claridad.

Paco es un gordito encantador que todo el día come chocolate y todas las noches sale con alguna amiga suya. Miguel, sin embargo, es muy tímido y se pone enfermo cuando tiene que salir con cualquier mujer.

-«Ella» -ha dicho Paco un poco enfadado- se llama «problemas con el banco». He ido a la caja⁷ a las ocho y media de la mañana y he estado hasta ahora... Debo no sé cuánto dinero a no sé cuánta gente...

-Pronto vamos a ser ricos, Paco...

Luego les he contado el encargo de Cayetano Gaos y sus condiciones económicas. Están encantados. No les he dicho que Cayetano es guapísimo. En el fondo son muy celosos.

Nos hemos repartido las funciones. Bueno, las he repartido yo. Soy la jefa.

-Lo primero que tenemos que hacer es averiguar exactamente quién es Urpiano, el pintor. Eso lo hago yo. Tú, Paco, intenta localizar a Anna Ricart, una amiga mía que tiene una galería de arte y que puede darnos mucha información. Y tú, Miguel, vas a hablar con Miguel Ángel Murillo, ese catedrático⁸ de Arte tan famoso...

Y hemos empezado a trabajar.

He ido a la Hemeroteca Nacional⁹. He revisado los periódicos y revistas de los últimos años para informarme rápidamente sobre Urpiano y su pintura. He escrito un pequeño resumen. Mañana pienso leérselo a mis socios. Tenemos que estar bien informados.

Mañana por la tarde voy a ir a ver a Javier Mézquiriz, un pintor muy famoso, muy amigo mío. A ver si me explica cosas interesantes sobre Urpiano.

Son las once de la noche. Tengo hambre. He cenado una ensalada de tomate y un kiwi. Encima de un armario de la cocina tengo una caja de bombones. Escondidos para no comérmelos. Voy a comerme uno solo, solo uno. Y luego me acuesto.

Miércoles, 17 de octubre de 1989

Anoche me comí toda la caja. ¡Un cuarto de kilo de bombones! Ahora tengo que hacer otra semana de dieta. Ahora o nunca.

A las diez y media de la mañana Margarita nos ha traído un café a Paco, a Miguel y a mí a la sala de reuniones. O sea, a mi despacho. Después les he dado unas fotocopias con un resumen de la vida de Urpiano.

Esto es exactamente lo que he escrito:

«Nace en El Roncal, un pueblo navarro¹⁰, a finales del siglo pasado. Estudia en Santander y pronto se va a Francia. Vive en varias ciudades francesas pero, hacia 1920, va a París. En París conoce a André Bretón, Max Ernst, Salvador Dalí y Pablo Picasso. Sus cuadros son cubistas, con influencias surrealistas. Hacia los años treinta se va a vivir a Figueras¹¹ y pasa mucho tiempo con Dalí en Port Lligat y en Cadaqués¹². De esta época son sus mejores cuadros. Después de la Guerra Civil¹³, se traslada a Argentina y ya nunca más se vuelven a tener noticias de él. Parece que muere en Buenos Aires a final de los años setenta. Parece, también, que tuvo muchos problemas económicos y que vendió todos sus cuadros por muy poco dinero. En 1980 aparecen en España tres de sus cuadros. Los críticos de arte lo descubren. Publican muchos artículos sobre él y los cuadros suben rápidamente de valor. Urpiano se pone de moda. Desde ese momento empiezan a aparecer cuadros suyos. En el pasado año se han subastado más de treinta obras suyas y se han pagado fortunas. Por uno de los cuadros, "Tú en el Ampurdán", el Museo de Arte Moderno (MOMA) de Nueva York ha pagado más de quinientos millones de pesetas. Sus cuadros se han subastado en las más importantes galerías de arte del mundo. Sotheby's, en Nueva York, se ha especializado en los últimos años en este pintor».

-¡Qué bestia! -ha exclamado Miguel después de leer el texto.

-¿Quién? -le he preguntado yo- ¿Urpiano? -No, yo.

-¿Tú? ¿Por qué?

-Porque no tenía ni idea de que existía este pintor tan importante.

-Yo tampoco -ha dicho Paco. -Ni yo. Pero es normal, ¿no?

-¿Normal?-ha dicho Miguel muy sorprendido- Nosotros somos unas personas cultas. Hemos estudiado en la Universidad, viajamos, vemos exposiciones, vamos a museos y, sin embargo, no conocemos a Urpiano...

-Miguel, yo digo que es normal porque hasta mil novecientos ochenta nadie conocía sus obras...

-Pobre hombre, ¿no? -ha dicho Paco.

-¿Quién? -he preguntado- ¿Miguel?

-No. Urpiano. Es el gran pintor desconocido... Tan bueno como Dalí, pero todo el mundo conoce a Dalí y nadie le conoce a él...

-Bueno, bueno, pero a lo mejor Urpiano no existe -les he recordado-. Nuestro cliente, Cayetano Gaos, piensa que Urpiano nunca ha existido. Y nosotros tenemos que descubrir si eso es verdad... Por cierto, ¿a qué hora vas a ir a ver a Anna Ricart?

-Después de comer. Es que hoy tengo una comida importante, muy importante.

-Ah, ¿sí? -he dicho con cierta ironía- ¿Y cómo se llama ella?

Esta vez he acertado.

-Violeta -ha dicho Paco, un poco colorado.

-Mmm, un nombre de flor... Un nombre muy bonito. La otra tenía nombre de virgen¹⁴, ¿verdad? ¿Cómo se llamaba? ¿Mercedes? ¿Lourdes? ¿Pilar?

-Macarena -ha contestado Paco de mal humor. -Ah, sí es verdad. Macarena. Sevillana, ¿no? -Sí -ha dicho Paco aún más enfadado. -¿Y ésta de dónde es?

A veces soy un poco mala... Pero Paco es bastante machista y a mí los hombres machistas no me gustan nada. - Uruguay.

-Bueno, al menos no tienes problemas con el idioma. -Muy graciosa -ha dicho Paco, verdaderamente enfadado.

Mis socios son así. Uno, un mujeriego incorregible y el otro, un tímido incorregible. Claro que yo también soy muy mía¹⁵: a Miguel le digo que tiene que salir con más mujeres y a Paco le digo que tiene que salir con menos mujeres. La vida es un lío.

Antes de comer he llamado a Javier Mézquiriz, mi amigo pintor. -¿Diga?

-¿Javier? Soy Lola Lago. -¿Lago? «Lagonocida» detective... Javier siempre hace juegos de palabras. - Te necesito.

-Al fin -ha contestado él como un enamorado loco de pasión.

-¿Puedes tomar una copa conmigo? -¿Cuándo?

-Lo antes posible. ¿Puedes esta tarde? -¿Esta tarde? No sé... ¿Hoy qué día es? Los genios nunca saben en qué día viven. -Miércoles. Miércoles, 17 de octubre. -¿Ya estamos en octubre?

No he querido decirle en qué año estamos. No quería sorprenderlo.

-A ver... No sé qué tengo que hacer hoy... Espera un momento, voy a preguntárselo a Gloria...

Gloria es su mujer y su agenda. He esperado un ratito. -¿Lola? Oye, que sí que puedo... ¿A qué hora quedamos? -

Pues no sé... ¿Qué tal a las ocho? -¿A las ocho...? A ver... No sé...

Está claro. A Javier Mézquiriz le cuesta concretar citas. He esperado un rato más. Al final ha dicho. -Mejor a las ocho y media... -Vale, de acuerdo. A las ocho y media. ¿Dónde? -¿Te va bien en el Café Central¹⁶? -Perfecto.

En el Café Central hay siempre mucho ruido a las ocho y media de la noche. Pero no importaba. Todo, con tal de quedar de una vez.

Hemos estado hablando mucho rato de Urpiano.

-A mí hay cuadros que me gustan mucho y otros que no me gustan nada... Me parece muy desigual...

-¿Pero es tan bueno como dicen?

-Psé. Está de moda. Ha sido el pintor maldito... El desconocido... Y ahora la gente paga millones por cualquiera de sus cuadros. Incluidos los malos.

-¿Y tú sabes por qué nadie lo conocía antes de 1980?

-Sé lo que sabe todo el mundo, que se fue a Argentina después de la guerra, que tuvo problemas económicos y que murió sin dinero y sin fama...

-¿Y no sabes nada más?

-Hay muchas teorías...

-Ah, ¿sí?

-Hay gente que dice que es el mismo Dalí...

-¿En serio?

-Pero no puede ser...

-¿Por qué?

-Porque Dalí dibuja muy bien y Urpiano dibuja bastante mal... -Ah, ya.

-Otros dicen que Urpiano era mejor que Dalí y que Dalí hablaba mal de él...

-Y así nadie compraba sus cuadros... -Exactamente.

Siempre lo he dicho: soy una magnífica detective. -¿Y nadie dice que Urpiano no ha existido nunca? -le he preguntado al final.

-No, ¿ves? Eso no lo dice nadie... -¿Y qué te parece la idea? -Un poco surrealista... -

Bueno, Urpiano es surrealista...

-Surrealista pero posible, la verdad. En el mundo del arte actual todo es posible.

Después hemos hablado de Gloria, su mujer, que es una conocida fotógrafa y que pronto va a exponer sus fotografías en Sitehevist, la famosa galería de arte. También hemos hablado de Carlota, su hija. Me ha enseñado unas fotos. Es guapísima.

He llegado a casa tarde y cansada. No he cenado. No por la dieta, no. No he cenado porque no había nada en la nevera. He regado las plantas, he visto las noticias de la tele y he pensado en Urpiano y en Cayetano Gaos. Mañana lo pienso llamar. Para ir a ver los cuadros de Urpiano. Al menos teóricamente.

Jueves, 18 de octubre de 1989

Esta mañana, después de telefonar a Cayetano Gaos, me he puesto un vestido negro, muy bonito, que tengo para las fiestas. No ha sido muy práctico para ir en mi vieja Vespa pero no me ha importado. Iba a ver a Cayetano Gaos en su estudio, un loft maravilloso delante del Palacio Real¹⁷, en la Plaza de Oriente, muy cerca de mi casa.

«Estoy guapa, muy guapa», he pensado cuando me he visto en el espejo. «Y parezco delgada. Lo parezco, pero no lo estoy».

He llamado al timbre del piso de Cayetano. Ha abierto la puerta él. ¡Qué hombre, Dios mío! -Hola, Lola. Pasa, pasa. -

Hola, ¿qué tal? -¿Qué quieres tomar?

Yo tenía muchas ganas de tomar un café, pero he dicho: -Nada, gracias¹⁸.

-¿Seguro que no quieres tomar nada?

-¿Tienes café hecho? -le he preguntado.

-No, pero lo hago. Siéntate, enseguida vuelvo.

Me he quedado mirando el salón. Desde las ventanas se ve perfectamente la Casa de Campo¹⁹ y la Sierra. También he mirado los muebles, los cuadros, los libros y los objetos del salón de Cayetano. Conclusión: vive solo. No vive con ninguna mujer. Lo noto.

Enseguida ha venido Cayetano con una enorme cafetera, dos tazas, azúcar, leche y unas galletas. A mí me encanta el café solo. He tomado no sé cuántas tazas mirando a Cayetano.

-He empezado a investigar -le he dicho-. Todavía no tengo novedades, pero pronto las tendré. Ahora necesito ver los cuadros de Urpiano. ¿Los tienes aquí o en la galería?

-Los tengo aquí. Ven conmigo.

Hemos pasado por su dormitorio. Tiene una cama de más de dos metros de ancha. ¡Ay! Al fondo está el estudio. Lleno de cuadros por todas partes. Me ha enseñado los de Urpiano.

-¿Ves? Es medio cubista y medio surrealista. Tiene cosas como Dalí y cosas como Juan Gris, Braque o como Picasso en su época cubista...

-Sí, sí, es evidente -he dicho con una seguridad increíble-. ¿Puedo tocarlos?

-Por supuesto. Eres mi detective.

Me ha gustado ese posesivo. «Mí», ha dicho. Mmm.

He cogido los cuadros y les he dado la vuelta.

-Oye -me ha dicho Cayetano riéndose-, la pintura está en el otro lado...

-Los detectives somos así...

He mirado los cuadros por detrás durante mucho rato. Le he pedido a Cayetano una lupa, unas tijeras y un martillo. Me lo ha traído todo un poco sorprendido. He cortado un trozo de tela de detrás del cuadro y he cogido un poco de la madera de detrás. Lo voy a llevar al laboratorio para investigar la antigüedad. Además, he hecho un gran descubrimiento: en algunas de las telas pone en un rincón «Figueres». Creo que es una buena pista. Pero no le he dicho nada a Cayetano. Los buenos detectives hablamos poco. Solo hablamos cuando estamos muy seguros de algo. Y yo solo estoy segura de una cosa: amo desesperadamente a Cayetano Gaos.

Al despedirnos me ha dado dos besos²⁰. Sé que no significa nada. Pero me ha gustado.

Por la tarde he estado un poco tonta pensando en Cayetano. Pero mi cerebro de detective ha funcionado bien: «Figueres» es la ciudad donde Urpiano vivió y donde está el

Museo Dalí. ¿Por qué pone «Figueres» en la tela, detrás del lienzo? ¿La tela es de Figueres? ¿Compraba Urpiano las telas en Figueres? ¿Y Dalí?

Me apetece un viaje al Ampurdán²¹. Nunca he estado en otoño.

Viernes, 19 de octubre de 1989

Miguel me ha explicado su entrevista con Murillo, el catedrático de Arte.

-Urpiano es un buen pintor, me ha dicho Murillo, pero peor que Dalí.

-Javier Mézquiriz también dice lo mismo.

-Y, además, Murillo no entiende por qué la gente paga tanto dinero por sus cuadros...

-Javier Mézquiriz tampoco. Oye, Miguel, ¿Murillo cree que Urpiano existe?

-Cree que sí. Pero no sabe nada de su vida. Bueno, sabe lo mismo que nosotros...

-No hemos avanzado mucho...

-No, la verdad. A ver qué nos cuenta Paco.

Paco ha llegado sobre las doce. Ha entrado en mi despacho y ha dicho:

-Soy feliz, muy feliz, el hombre más feliz del mundo...

Me he imaginado por qué. Pero Miguel se lo ha preguntado.

-Porque he conocido a la mujer de mi vida... Paco conoce a la mujer de su vida cada quince días, más o menos.

-Ah, ¿sí? ¿Quién? -le preguntó Miguel.

-Anna Ricart, la amiga de Lola. Es tan guapa, tan simpática, tiene tanto sentido del humor, tiene tan buen gusto, sabe tanto de arte...

Paco no exageraba. Anna es así. De todos modos le he dicho muy seria:

-Y, además de enamorarte, ¿has conseguido algo más?

-Poco más. Anna dice lo que ya sabemos: Urpiano es un pintor maldito, descubierto hace unos años y demasiado bien pagado...

-¿Y Anna cree que Urpiano puede no haber existido?

-Le gusta la idea. Le parece genial... Ah, Lola, me ha dicho que te llamará para invitarte a la próxima exposición que va a organizar...

-¡Qué bien!

Después les he dicho que me voy a Figueres a pasar el fin de semana. -¿Y por qué?

Y entonces les he contado mi visita a Cayetano Gaos ayer por la mañana y mis descubrimientos.

-¿Y qué has hecho con la madera y el trozo de tela? -me ha preguntado Miguel.

-Lo tengo aquí. ¿Puedes llevarlo esta tarde al laboratorio de la policía? -le he pedido a Miguel.

-¿Vas a decírselo a la policía?

-Claro que no. Pero Paco tiene una amiga policía que trabaja en el laboratorio. Y ella puede estudiarlo sin decir nada a los otros policías, ¿verdad Paco?

-Sí, seguro.

-¿Y por qué tengo que ir yo, Lola? Si es amiga de Paco... -ha dicho Miguel completamente asustado porque tiene que ver a una mujer.

-Paco no puede ver a más mujeres... Está enamorado de Anna Ricart -he dicho con mucha ironía.

-Pero puedo ir a ver a ésta. Es muy amiga mía... -ha dicho enseguida Paco.

Miguel ha mejorado de repente y se ha puesto a reír. Paco ha cogido la madera y la tela y se ha ido al laboratorio.

Sábado, 20 de octubre de 1989

Esta *mañana* he cogido un avión para ir a Barcelona, luego he alquilado un coche y me he ido a Figueres. Hacía un día maravilloso: sol, nada de viento y bastante calor. He ido toda la mañana con una camiseta de algodón y con la chaqueta en la mano. Por la tarde ha empezado a hacer fresco, pero menos que en Madrid.

He paseado por el centro de Figueres y he entrado en el museo Dalí. Dalí es un pintor sorprendente. He visitado todas las salas. En una de ellas había un grupo de turistas japoneses con un guía que decía:

-Colores fuertes: rojo, verde, azul... Pero también gris claro, azul cielo, rosa, beige...

¡Pobres turistas! No sé por qué los guías siempre explican lo que se ve. Cuando se han ido, me he quedado sola en la sala. He descolgado unos cuadros. Unos cuadros de la misma época que los de Urpiano. La alarma ha empezado a sonar. Unos minutos después ha llegado la policía.

-Un hombre ha intentado coger los cuadros...

-¿Por dónde se ha ido? -me ha preguntado un policía.

-Por esa puerta de la izquierda.

Todos los policías se han ido corriendo por la puerta que yo he dicho. Los cuadros se han quedado en el suelo. Les he dado la vuelta y los he mirado atentamente. Detrás pone: «Are en ciel» en todos ellos.

Aja... Mi olfato de detective empieza a funcionar.

Al salir del Museo lo he encontrado todo cerrado. En Figueres cierran todas las tiendas a la una de la tarde. Las costumbres aquí son más francesas que españolas. He ido a un hotel delante del Museo Dalí, he reservado una habitación y, luego, he ido a comer al restaurante «Ampurdán». Un día es un día²².

Después de comer he ido al hotel para dormir un rato. Nunca hago la siesta, pero hoy estaba muy cansada. A eso de las cinco de la tarde he llamado a Miguel a Madrid.

-¿Diga?

-¿Miguel? Soy Lola. -¿Dónde estás?

-En Figueres. Tienes que venir. Tengo una intuición. -Dios mío -ha dicho Miguel un poco asustado. Mis socios están acostumbrados a mis intuiciones. Cuando tengo una intuición, nos metemos en un lío. -¿Llamo a Paco? -me ha preguntado Miguel. -Sí, por favor. Y le explicas que te vienes a Figueres. -¿Y él no va a venir?

-De momento, no. Lo necesitamos en Madrid. -De acuerdo. Dentro de un rato cojo un avión a Barcelona.

-También puedes hacer otra cosa... -¿Qué?

-Coger el Talgo²³ de Madrid a Portbou²⁴ y bajarte en Figueres...

-¿Y qué Talgo es? ¿El de la noche?

-Sí, el que sale a las diez y media u once de Madrid. Me parece que llegas a Figueres a las diez de la mañana...

-Ah, pues muy bien.

-Mañana por la mañana te recojo en la estación de Figueres, ¿te parece?

-Estupendo. Hasta mañana.

En Figueres he estado buscando tiendas de pintura y dibujo. He encontrado tres. En todas he comprado un lienzo para pintar. En ninguna de las tres pone «Figueres». Tiene que haber otra tienda en esta ciudad. En esta ciudad o en esta región. Mi olfato de detective y yo no nos equivocamos nunca. En la última tienda he preguntado:

-¿Hay alguna otra tienda de dibujo aquí en Figueres?

-Sí, está «Diseño Art», pero los sábados por la tarde esta cerrado.

-¿Puede decirme dónde está, por favor? -Sí, mire, está en la Plaza de la Palmera, muy cerca de la carretera de Rosas²⁵. - Pues muchas gracias. -De nada.

Iré el lunes por la mañana con Miguel.

A última hora de la tarde he ido a Rosas. He paseado por la bahía y he visto una puesta de sol maravillosa. Luego he vuelto al hotel de Figueres. Voy a dormir con la ventana abierta. Porque hace calor y porque así veo algunas de las esculturas de Dalí. Un lujo.

Domingo, 21 de octubre de 1989

He desayunado como una vaca: tostadas con mantequilla y mermelada, dos *croissants* y café con leche... A las diez he recogido a Miguel en la estación:

-¿Qué tal el viaje?

-Bien, pero tengo mucho sueño.

-¿No has podido dormir?

-No mucho. Nunca puedo dormir en los trenes ni en los aviones...

-Pues despiértate, que tenemos mucho trabajo. ¿Has estado alguna vez por aquí? -No, es la primera vez.

-Pues te va a encantar. Además hace un tiempo maravilloso.

Hemos ido un momento al hotel a dejar la maleta de Miguel y luego nos hemos ido a Port Lligat a ver la casa de Dalí. Estaba cerrada pero hemos visto unas cuantas esculturas en el jardín. Después, nos hemos ido a Cadaqués. A Miguel le ha encantado todo, incluidas las gambas que hemos comido.

A media tarde hemos dado un paseo junto al mar. En una de las casas más antiguas del pueblo, debajo de unas arcadas, hemos visto una galería de arte. Estaba abierta y hemos entrado. Era una exposición de una pintora catalana. Los cuadros no me han gustado mucho. Pero yo no soy crítico de arte, soy detective. O sea: según mi costumbre, he cogido dos cuadros y les he dado la vuelta. Cuando la pintora ha visto sus cuadros del revés, ha empezado a gritar:

-Pero... ¿Qué hace...?

-¿Yo? -he dicho ingenuamente-. Nada. Se caían...

Miguel estaba horrorizado. La pintora ha venido, ha cogido los cuadros y los ha puesto bien. No me ha importado. Detrás de la tela ponía: «Figueres».

-Perdone, ¿usted dónde compra las telas para pintar?

-¿Cómo?

-Que dónde compra usted las telas, o sea, los lienzos.

-¿Y a usted qué le importa? -me ha contestado, muy enfadada, la pintora.

-Perdone, pero es muy importante para mí saberlo. Cuestión de vida o muerte.

Los detectives siempre tenemos que mentir. La pintora ha pensado que estoy loca y me ha dicho:

-¡En Figueres! -Sí, pero ¿dónde?

-¡En «Diseño Art»! -ha dicho gritando.

No necesitaba decir más. Hemos salido de la exposición. Miguel, medio enfermo. Yo, encantada.

-Miguelito, el lunes tenemos que ir a «Diseño Art».

-¿Para qué? ¿Para organizar un escándalo como el de hace un momento?

Miguel es un hombre discreto y no soporta los líos que organizo a veces. Le he explicado todo lo que he hecho para saber dónde compraba Urpiano las telas para pintar. Dónde las compraba o dónde las compra.

-Es curioso... -ha dicho Miguel mientras paseábamos tranquilamente.

-¿El qué?

-No hay ninguna calle ni ninguna galería de arte ni ningún bar «Urpiano». Pero hay cientos de cosas que se llaman Dalí: «Bar Dalí», «Hotel Dalí», «Dalí galería de arte»...

-Es verdad... Pero, claro, Dalí es más conocido...

-Sí, sí, pero es curioso...

Hemos seguido paseando y, luego, nos hemos sentado en un bar para tomar algo. El camarero nos ha traído la carta.

-Mira, Miguel, también hay un bocadillo que se llama Dalí... -he dicho yo, riéndome.

-Ah, ¿sí? ¿Y de qué es?

-Pues no lo sé.

-Pues tenemos que preguntarlo. En Madrid se lo pienso preparar a Feliciano. Seguro que no lo ha comido nunca.

Miguel es un sentimental. Aquí, en uno de los pueblos más bonitos de la Costa Brava, junto al mar Mediterráneo y trabajando en un caso al lado de una guapa mujer (o sea, yo) piensa en Feliciano y su afición por los bocadillos. Tengo unos socios maravillosos.

No he querido cenar nada. Hace una semana empecé una dieta, me parece.

Lunes, 22 de octubre de 1989

Nos hemos levantado a las ocho, hemos desayunado en el hotel y hemos ido a «Diseño Art». La dependienta es una chica de unos veinticinco años, guapísima. Antes de entrar en la tienda Miguel me ha dicho:

-Yo me quedo aquí.

-¿Por qué? -le he preguntado extrañada. -Porque estoy nervioso.

Otra vez Miguel y su timidez con las mujeres. Muy seria le he dicho:

-Esta vez, Miguel, vas a entrar y vas a hablar con ella. ¿De acuerdo? O haces eso o te vuelves a Madrid.

Yo sabía que iba a funcionar. Miguel está encantado en este viaje y no tiene ganas de volver a Madrid.

-Bueno, de acuerdo, está bien, pero hablas tú...

-Vale.

Hemos entrado los dos.

-Hola, buenos días.

-Buenos días, ¿qué desean?

-Queríamos ver telas para pintar...

-O sea, lienzos, ¿no? Pasen por aquí...

Nos hemos ido los tres al fondo de la tienda.

-Aquí están. Pueden cogerlos ustedes mismos...

-Gracias.

Miguel y yo hemos estado mirando los lienzos. Por detrás, claro. Es mi nueva costumbre. En todos ponía: «Figueres». Estaba segura. Ya sabemos una cosa: en Figueres hay cuatro tiendas de dibujo y solo en una detrás de los lienzos pone «Figueres». Ahora tenemos que saber otra cosa: ¿cuántos años tiene esta tienda?

-Tienen una tienda estupenda -le he dicho a la dependienta.

-Gracias -me ha contestado sin dar importancia a lo que le he dicho.

-¿Cuántos años tiene esta tienda? -Bastantes. Empezamos en 1978.

¡Aja! Urpiano empieza a ser conocido en 1980... O sea, dos años después... Otra vez mi intuición de detective. De detective y de mujer.

-¿Y tienen un cliente que se llama Arnal Ballester?

-Pues no lo sé. Un momento, lo voy a mirar.

-¿Quién es Arnal Ballester? -me ha preguntado Miguel.

-Un dibujante amigo mío...

-¿Y tú crees que compra aquí sus cosas?

-No... Pero quiero ver dónde tienen las fichas de los clientes...

La dependienta ha entrado en un despacho, ha mirado un fichero, ha salido, ha cerrado con llave y ha guardado la llave en un cajón. Necesito a Miguel.

-Miguel, ¿por qué no empiezas a hablar con ella...?

-¿Cómo? ¿Con..., con ella?

-Tienes que ser amable con ella... Le tenemos que hacer unas preguntas... -¿Por qué yo?

-Porque voy a conseguir una llave. -¿Una llave?

-Habla con ella y luego te explico...

Miguel estaba de color rojo, colorado como un tomate²⁶. Pero es un buen profesional y le ha preguntado a la dependienta:

-¿Hace mucho tiempo que trabajas aquí?

Miguel es alto, fuerte y guapo. La chica ha decidido contestar a todas sus preguntas. -¿Cómo te llamas? -María.

¿Y tú? -Miguel.

Les he dejado y he ido a ver unas cosas. Unas cosas al lado de un cajón. Dentro del cajón estaba la llave del despacho. Ha sido fácil. Un minuto después tenía la llave en el bolsillo. La chica le decía a Miguel:

-¿Y vas a quedarte muchos días?

Miguel ha mentido:

-Me voy después de comer.

-¡Qué pena! -ha dicho la dependienta.

-Bueno -he dicho yo-, nos vamos.

Y nos hemos ido. En la comida le he dicho a Miguel:

-Necesitamos el fichero de los clientes de «Diseño Art».

-¿Y has pensado cómo conseguirlo?

-Sí. Esta tarde volveremos a la tienda...

-¿Otra vez?

-Bueno, vas a volver tú y vas hablar con la dependienta. Vas a ligártela²⁷. -¿Yo? ¡Estás loca!

-Vas a ligártela. Entonces yo voy a entrar en la tienda, pero ella no tiene que verme...

-Pero, Lola...

-Yo entro, voy al despacho, abro con esta llave, cojo el fichero y, luego, salgo y ya está.

-No me gusta nada la idea.

-¿Tienes otra mejor?

-Sí, tu hablas con la chica, yo entro, voy al despacho, abro con la llave, cojo el fichero, salgo y ya está...

-Solo hay un problema -he dicho yo.

-¿Cuál?

-Que ella quiere hablar contigo, no conmigo...

Era verdad. Miguel lo ha aceptado.

Después de comer, he subido con Miguel a su habitación dH hotel. Le he escogido yo la ropa: unos vaqueros, una (cimisa azul claro, un jersey beige y la cazadora de ante marrón.

-Estás guapísimo -le he dicho.

-Muy graciosa.

Miguel no estaba para bromas.

A las cinco y media ha entrado en «Diseño Art». María se ha alegrado de verle.

-No te has ido... ¡Qué bien!

-Me he quedado para estar contigo... -le ha dicho Miguel muy colorado.

Yo estaba escondida cerca de la puerta. Unos minutos después Miguel y la dependiente han ido hacia el fondo de la tienda, donde están los lienzos. Entonces he entrado. He ido directamente a la puerta del despacho, he abierto la puerta con la llave que he cogido esta mañana y me he metido dentro. No veía nada pero no podía encender la luz. Tenía que actuar rápido. En la mesa había dos ficheros. «¡Cielos! ¿Cuál es el fichero de los clientes?» Los detectives no podemos dudar: he cogido los dos y los he metido en mi bolso. Siempre llevo bolsos grandes. Iba a salir pero he oído:

-¡¡María!! ¡María!, ¿dónde estás? ¿Dónde estás, María?

Era una voz de hombre. De hombre mayor. Rápidamente le he pensado: «Está al lado de la puerta del despacho... Va a entrar. ¿Y María? ¿Por qué no contesta? ¿Qué está haciendo Miguel?». La gente cree que los detectives somos como los de las películas americanas. Yo, con dos ficheros en el bolso, asustada, al lado de la puerta, parecía la Pantera Rosa.

-¿María? ¡¡¡María!!!

El hombre estaba cada vez más enfadado. Yo he pensado: «Éste es el propietario de la tienda. Seguro.» Pero, ¿dónde estaba María? De repente he oído:

-Estoy aquí, señor Torner. Enseñándole unos lienzos a este señor...

-Ah, bueno -ha dicho el jefe-. ¿Tiene la llave del despacho? En el cajón no está.

«¡Cielo santo!», he pensado yo. «Quiere entrar en el despacho... Y van a descubrir que la llave no está, que la puerta está abierta y que yo, yo, la magnífica detective, estoy aquí dentro con todos los ficheros de la tienda...»

No tenía miedo, la verdad. Solo vergüenza. Pero allí estaba Miguel. Ha dicho:

-Usted es el señor Torner, ¿verdad? El propietario, ¿no?

-Sí, señor.

-Pues quería preguntarle por una cosa del fondo de la tienda... ¿Puede venir un momento conmigo?

Un vendedor es un vendedor. Ha aceptado acompañar a su posible cliente al fondo de la tienda. Y entonces he salido. He salido del despacho y de la tienda. Pero no me he ido muy lejos. Enseguida he vuelto a entrar. Desde la puerta he dicho:

-¿Miguel? ¿Estás ahí Miguel?

-Dime, Lola -ha dicho Miguel desde el fondo.

-Es que tenemos el coche mal aparcado...

-Ahora mismo voy.

Así hemos conseguido salir de la tienda con los ficheros y sin problemas con el propietario. Miguel estaba un poco triste. Creo que María le ha gustado. Mejor. Hemos ido directamente al hotel. Mañana por la mañana vamos a estudiar los ficheros. No sé si vamos a descubrir algo. Pero, al menos, ya tenemos trabajo. También vamos a llamar a la oficina. Para controlar la situación y para saber si Paco tiene ya los resultados del laboratorio.

Martes, 23 de octubre de 1989

A las diez de la mañana he llamado a la oficina. Antes es inútil.

-Lola Lago, detective, ¿diga?

-¿Margarita? Lo siento, no soy Tony. Soy Lola.

-Ay, Lola, ¿qué tal? -ha dicho Margarita disimulando.

Margarita disimula mal. Prefiere a su novio Tony.

-Estupendamente. ¿Está Paco por ahí?

-Sí, acaba de llegar. Ahora se pone.

-Hola, nena, ¿qué tal estáis?

-Primero, no me llamo «nena», me llamo Lola... y segundo, te recuerdo que entras a trabajar a las nueve de la mañana...

-Ya veo que estás de muy buen humor... ¿Hay novedades?

-Pocas. ¿Sabes algo del laboratorio? -Sí. Creo que Cayetano Gaos tiene razón. La madera y la tela solo tienen ocho años.

-¿Ocho?

-Sí, ocho. Ni uno más.

-¡Bien! Cayetano tiene razón. Urpiano no existe. Ahora necesitamos más pruebas.

-Más pruebas y saber quién está detrás de Urpiano. -Exacto. Pero Miguel y yo ya hemos empezado... -Ah, ¿sí? ¿Qué habéis hecho?

-Muchas cosas. Sabemos dónde compra el falso Urpiano los lienzos para sus cuadros y tenemos una lista de clientes de la tienda. Ahora tenemos que estudiar las fichas y empezar a actuar.

-¿Puedo ir yo también?

-De momento, no.

-Por favor, Lola...

Ya te llamaremos. Hasta pronto.

Luego, en mi habitación, Miguel y yo hemos empezado a mirar las fichas de los clientes de «Diseño Art». Tres horas después ya teníamos unas cuantas cosas claras.

-Solo cuatro personas son clientes desde 1978.

-Por tanto uno de ellos es el falso Urpiano...

-Suponemos.

-Voy a escribir los nombres y las direcciones para irlos a ver -ha dicho Miguel. -A verlos o a espiarlos... -Espiarlos es más divertido, ¿no?

-Otra cosa, Miguel. Aquí, detrás de las fichas, pone los colores que compra cada cliente... -A ver...

-Mira, el señor Maldonado, por ejemplo, utiliza el sepia, el ocre, el bermellón... ¿Lo ves? -Sí, sí...

-¿Tú sabes cómo se llaman los colores que utiliza Urpiano?

-No, ni idea.

-¿Y si llamamos a Cayetano?

Era la excusa perfecta para volver a oír su voz.

-¿Sí? -han dicho al otro lado del teléfono.

-¿Cayetano? Soy Lola Lago.

-Hombre, Lola, ¿qué tal?

-Muy bien. Oye, mira, estoy en Figueres, investigando, y necesito saber los colores que utiliza Urpiano.

-Pues mira, normalmente utiliza rojo, verde, claro y oscuro, azul cielo y azul marino, gris claro, gris oscuro, blanco y negro. Ah, y utiliza también un color muy especial, el «Carmín de Granza». Es un color rojo oscuro.

-Voy a escribirlo. ¿Cómo has dicho? ¿«Carmín»?

-Sí, técnicamente se llama «Carmín de Granza».

.De que ?

De Granza. Ge, erro, a, ene, zeta, a. ¿Y por qué dices que es un color muy especial? Bueno, es que, en el cubismo, lo utilizan muy pocos pintores.

Una detective siempre necesita a un «experto» al lado... -he pronunciado muy bien la palabra «experto». Le ha gustado.

Y un experto siempre necesita a una detective. «Pero no solo para trabajar», he pensado. Sin embargo, he dicho:

-Pronto vas a tener noticias mías. Buenas noticias.

-Magnífico.

-Hasta pronto.

-Cuidate.

Me ha gustado.

Después Miguel y yo nos hemos puesto a mirar el fichero de «Diseño Art». Solo tres clientes utilizan el color «Carmin de Granza». Hemos escrito sus nombres y sus direcciones en un papel. Los tres viven en Rosas. Hemos cogido el coche y nos hemos ido a Rosas. Cuando hemos llegado, media hora después, muchas personas estaban en la playa tomando el sol. Hacía un día estupendo.

-¿Sabes cómo se llama este paseo? -me ha preguntado Miguel.

-A ver... Avenida de Rhodes...

-Ah, pues uno de los clientes de «Diseño Art» vive en la Avenida de Rhodes...

-Ah, ¿sí? ¿en qué número? -En el 54.

He aparcado y hemos ido al número 54 de la Avenida. Son unos apartamentos.

-El señor se llama Fernando Quintana Moneada.

Hemos buscado su nombre en los buzones de la planta baja.

-Mira, aquí está. Quintana Moneada. Quinto segunda.

Hemos subido al quinto y hemos llamado al timbre. No ha contestado nadie.

La vida de los detectives es más complicada que en la películas.

-¿Qué hacemos?

-Pues vamos a buscar al segundo cliente...

Al salir de los apartamentos, hemos visto que delante, en la playa, había un viejecito pintando un cuadro. Hemos ido a mirarlo. Estaba pintando un paisaje de Rosas: la bahía, los barcos, el mar, la arena... Una pintura muy realista. Como una postal.

Yo he pensado: «Éste no es el falso Urpiano. El falso Urpiano es joven. Seguro.».

-Buenas -le ha dicho Miguel-. ¿Qué? ¿Pintando? -Pues sí -ha contestado el viejecito-. ¿Les gusta? -Muy bonito - hemos dicho a la vez. -¿Usted siempre pinta paisajes? -le he preguntado. -Sí, siempre.

-Es que Miguel, este chico, pinta cuadros surrealistas...

-Huy, qué horror... -ha dicho el viejecito-. A mí esos pintores tan modernos no me gustan nada...

-Sí, pues a mí Dalí y los cubistas me encantan -ha dicho Miguel.

-Yo hace casi quince años que vivo aquí y nunca he ido al Museo Dalí de Figueres... Nunca...

O era el mejor actor del mundo o él no era el falso Urpiano.

-Bueno -he dicho-, nosotros nos vamos. Hasta pronto. -Adiós, hasta otro día, jovencitos. Yo paso todas las mañanas aquí. Vivo aquí delante, en el quinto segunda.

Nosotros ya lo sabíamos. Hemos vuelto al coche. Miguel ha dicho:

-El segundo cliente de «Diseño Art» se llama Eduardo Arco Iris y vive en la Urbanización Solymar, calle del Rosal, nº 15. ¿Sabes dónde está?

-Ni idea. Espera un momento. Voy a preguntárselo a un guardia.

En la Plaza del Ayuntamiento un guardia me lo ha explicado todo. Luego, he vuelto al coche.

-Ya está -le he dicho a Miguel al volver al coche-. Hay que seguir recto hasta el final del paseo. Luego tenemos que girar a la izquierda y subir por esa montaña. Hay un cartel que pone «Solymar».

Diez minutos después estábamos en la calle del Rosal, nº. 15, una casita muy pequeña con jardín. Hemos llamado al timbre. Un hombre de unos treinta y cinco años, bastante guapo, ha abierto la puerta.

-¿Sí?

-¿Es usted Eduardo Arco Iris? -le he preguntado. -Sí, soy yo.

He empezado a mentir. Los detectives mentimos siempre.

-Somos representantes de la casa «Colours»... Estamos haciendo una encuesta entre nuestros clientes...

-Yo nunca contesto a las encuestas -ha dicho Eduardo.

-Pero -he dicho yo con mi mejor sonrisa-, ésta es una encuesta muy especial.

-Ah, ¿sí? ¿Por qué?

-Porque si contesta, puede ganar un viaje al Museo de Arte Moderno de Nueva York y un millón de pesetas en pinturas.

-No está mal.

Eduardo nos ha dejado pasar. Miguel estaba muy orgulloso de mí. Yo también.

La casa estaba llena de cuadros pintados y a medio pintar. Había cuadros por todas partes: en el salón, en el dormitorio, en el pasillo y en la cocina.... En el lavadero no se...

-Pinta usted unos cuadros muy bonitos, preciosos -le he dicho-. ¿Puedo verlos tranquilamente?

Los artistas agradecen eso.

-Claro, por supuesto.

Miguel se ha quedado con él haciéndole preguntas sobre sus colores preferidos y yo he paseado por toda la casa. Había más de doscientos cuadros. Todos horribles. Al volver al salón le he preguntado:

-¿Y usted se dedica solo a la pintura?

-No, qué va. Yo soy profesor en un instituto de Figueras. Trabajo por las tardes. Y por las mañanas me dedico a pintar.

-Ah, muy bien. Bueno, pues muchísimas gracias. Ah, y si gana el viaje, lo llamamos por teléfono, ¿de acuerdo? -Muy bien. Y nos hemos ido. -¿Qué te parece? -Que no es Urpiano. -¿Por qué estás tan segura?

-Mira, en la casa hay más de doscientos cuadros. Los cuadros no se parecen en nada a los de Urpiano. Además en esta casa no hay sitio para esconder ni un solo cuadro más.

-Es verdad.

¡Ay! ¿Qué harían mis socios sin mí?

-Bueno -ha dicho Miguel-, ahora tenemos la tercera y última oportunidad. Si el próximo cliente de «Diseño Art» no es el falso Urpiano significa que nos hemos equivocado...

-¿Cómo se llama éste?

-Ésta. Es una mujer. Se llama Ángela Hernández Ramón y vive en la calle de las Camelias, 10...

La calle de las Camelias estaba muy cerca de la calle del Rosal. Enseguida hemos llegado a un bungalow muy pequeño con un jardincito lleno de flores y plantas.

Ya sabemos una cosa de Ángela Hernández... -ha dicho Miguel.

Esta vez me ha sorprendido. ¿Sí? ¿Cuál?

-Que le encantan las flores. Era evidente.

Hemos llamado al timbre pero no ha contestado nadie. Hemos decidido ir a comer y volver por la tarde.

Hemos comido una paella buenísima en un restaurante al lado del mar. Después del café hemos vuelto a casa de Ángela Hernández. Tampoco estaba.

A las siete de la tarde ha empezado a hacer fresco. Miguel y yo nos hemos metido en el coche y hemos decidido esperarla dentro.

Media hora después ha entrado en la casa una mujer de unos cincuenta años, guapa, no muy alta y muy deportiva.

-Vamos -le he dicho a Miguel.

-¿Sí? -ha preguntado Ángela al abrir la puerta.

-¿Es usted Ángela Hernández?

-Sí, soy yo.

-Mire, somos de «Colours», la marca de pinturas que usted utiliza para sus cuadros y...

Le hemos dicho lo mismo que a Eduardo Arco Iris. Nos ha dejado entrar.

La casa es muy pequeña: el recibidor, un salón, un dormitorio, una cocina y un lavabo. No parecía la casa de una pintora.

-¿Podemos ver alguno de sus cuadros? -le he preguntado.

-Bueno, es que últimamente no tengo mucho tiempo para pintar...

-¿Ahora no está pintando ningún cuadro? -No, ahora no -nos ha contestado. -¿Y no tiene ningún cuadro suyo aquí? - Sólo tengo uno. Ése que está en el recibidor. Me he levantado para mirarlo. -Ah, pues es muy bonito. Parece Gaughin³⁰.

-Sí, pero Gaughin era un buen pintor y yo no. -¿Y cómo es que no tiene tiempo de pintar? -Es que yo soy enfermera, ¿sabéis? Para mí la pintura es solo un *hobby*³¹.

-Ah, ¿sí? ¿Es usted enfermera?

-Por favor, llamadme de tú. No soy tan vieja..

-O sea que eres enfermera. ¿Y dónde trabajas?

-En un hospital de Girona.

-Pues nada, tienes que trabajar menos y pintar más... Nos hemos reído.

-¿Te interesa la pintura moderna? -le ha preguntado Miguel-. No sé, Dalí, Urpiano, Picasso...

He notado algo raro. Mi intuición otra vez. Ella ha contestado.

-Me encanta. En realidad, me gusta toda la pintura. ¿Tenéis alguna pregunta más?

Otra vez algo raro. Lo he notado.

-No, nada más. Muchas gracias -le he dicho.

-Gracias a vosotros. Y ya me diréis si me ha tocado el premio...

Al salir Miguel ha dicho:

-Ésta tampoco es Urpiano...

-No sé, no sé... No estoy tan segura... Vamos a hacer una cosa, Miguel, nos vamos a quedar cerca de la casa... Quiero saber qué hace Ángela Hernández esta noche...

Miguel no ha preguntado nada. Mi intuición es mi intuición.

Hemos entrado silenciosamente en el jardín y nos hemos quedado al lado de una gran ventana que estaba abierta. Angela no ha hecho nada especial: se ha puesto un pijama, se ha preparado la cena, ha visto un rato la televisión y, antes de acostarse, ha llamado por teléfono.

-¿Estás bien Eloy? -ha preguntado.

Yo he pensado: «Tal vez es su novio». Luego Ángela ha dicho:

-¿Y Esther qué tal está? Bueno, pues muchos besos a todos, ¿eh? *Mañana* os vuelvo a llamar.

«No es su novio», he deducido. Su familia, quizá.

A las once y media Ángela Hernández ha apagado la luz y nosotros nos hemos ido a tomar una *pizza* a Figueres.

Miércoles, 24 de octubre de 1989

He pasado toda la noche pensando en Ángela Hernández. Es agradable y parece muy inteligente, pero hay algo raro... No sé.

Después de desayunar he revisado los ficheros de «Diseño Art».

-Miguel -he dicho un rato después-, esta tarde vamos a volver a casa de Ángela Hernández. ¿Qué has descubierto?

Así me gusta. Miguel sabe que he descubierto algo.

-Estoy mirando la ficha de Ángela Hernández en «Diseño Art». Este año ha comprado más de trescientos tubos de pintura y el año pasado compró solo ciento setenta y cinco... Este año ha comprado sesenta lienzos y el año pasado, cuarenta y cinco...

-Pero ella dice que ahora no tiene tiempo para pintar... Ése es el problema. ¿Por qué compra más pintura y más lienzos este año? ¿Por qué si no tiene tiempo para pintar?

-¿Crees que nos ha mentado? -Tal vez sí o tal vez no.

Otra vez mi intuición. Creo que no ha mentado, que, de verdad, ella no tiene tiempo para pintar, pero...

A las siete de la tarde estábamos otra vez delante de la casa de Ángela Hernández. Ha llegado a las ocho en punto con unas bolsas de un supermercado. Yo he ido corriendo a la ventana de la cocina. Ángela ha puesto unas cosas en la nevera. Después se ha ido a duchar. Un rato después ha salido de su dormitorio con un traje precioso. Estaba muy guapa. Ha ido a la cocina y ha cogido salmón ahumado, caviar, tostadas, mantequilla y champán y lo ha metido en una bolsa de plástico.

«Va a ver a un hombre», he pensado.

Ángela ha salido de la casa y ha cogido el coche. Miguel y yo la hemos seguido. Primero ha ido por una carretera secundaria, luego ha girado a la izquierda y ha cogido una carretera muy estrecha llena de curvas y, de repente, ha desaparecido.

Miguel y yo no entendíamos nada. No había ningún cruce. La carretera seguía, pero Ángela Hernández y su coche habían desaparecido. Hemos bajado del coche. Andando, hemos descubierto un pequeño camino a la izquierda. Hemos subido al coche otra vez y nos hemos metido por el camino. Unos kilómetros después hemos visto unas luces.

-Para el coche -me ha dicho Miguel.

Hemos bajado y nos hemos metido entre los árboles. Delante había una casa magnífica, una masía³² enorme. «Ah, o sea que tiene un novio millonario...», he pensado. Y entonces se me ha encendido una luz.

-Miguel, tenemos que entrar en esa casa como sea...

-¿Ahora?

-Sí.

-Pero, ¿por qué?

Le he contestado de una manera un poco especial:

-Paco y tú no sabéis la suerte que tenéis con una jefa como yo...

Lógicamente no ha entendido nada.

La casa está rodeada por un jardín enorme con piscina y pista de tenis. Nos hemos acercado a una de las ventanas. Dentro estaba Ángela Hernández con un chico de unos treinta años, alto, moreno y con barba. Guapísimo. Estaban cenando el salmón y el caviar y tomaban champán.

«Lo sabía», he pensado. En voz baja le he dicho a Miguel.

-Miguel, ése es Urpiano. Bueno, el falso Urpiano.

-¿Y tú cómo lo sabes? -me ha dicho muy sorprendido.

-Soy la mejor detective de España, nene.

-¡Bah!

-Tenemos que entrar en la casa y encontrar el lugar dónde «Urpiano» pinta sus cuadros...

-Voy un momento al coche a buscar la cámara de fotografiar.

-Perfecto.

Yo he preparado mi llave maestra. Puedo entrar en cualquier casa. Hemos entrado por una puerta que está al lado de la cocina. Por dentro la casa era una auténtica maravilla. Una casa de millonarios: cuadros de pintores famosos, esculturas de Chillida³³, muebles antiguos, alfombras persas...

-Me parece que tienes razón -ha dicho Miguel.

Ángela y el falso Urpiano seguían en el salón. Bueno, en uno de los salones. Miguel y yo hemos subido al piso de arriba: dormitorios enormes, cuartos de baño, pasillos, terrazas... Todo lleno de objetos de arte, flores y plantas... Al final del pasillo hemos entrado en una habitación muy grande llena de libros. Parecía una biblioteca pública.

-Lola, aquí ya no hay más habitaciones...

-¿Y dónde puede estar el estudio de Urpiano?

-Pero... -ha dicho Miguel en voz baja-, a lo mejor te has equivocado y este hombre no es el falso Urpiano...

-Sé que no me estoy equivocando... A ver, en este estudio no hay ninguna puerta más, ¿verdad?

-No.

-Pues, entonces, es como en las películas... -¿Como en las películas? O sea, que hay que buscar una puerta escondida...

-Exacto, Miguelito, exacto.

Hemos empezado a buscar. En una pared no había libros, solo cuadros. He empezado por ahí. Nada. De repente Miguel me ha dicho:

-¡Mira, Lola!

La estantería se estaba moviendo. Detrás había una habitación más grande todavía llena de cuadros. ¡De cuadros de Urpiano!

-¿Ves cómo yo tenía razón? Las mujeres somos así. -Magnífico, Lola...

Hemos hecho todas las fotos posibles de los cuadros que está pintando. Después hemos cerrado la puerta, la falsa puerta, y hemos salido de la biblioteca. Cuando estábamos a mitad de pasillo hemos oído:

-¡Qué ganas tenía de estar contigo!

Era Ángela.

-Vendemos unos cuantos más y a vivir para siempre... -le ha dicho él.

Miguel y yo nos hemos metido en un dormitorio. Ellos han pasado al lado de nuestra puerta, pero han entrado en otro. Menos mal.

Unos minutos después hemos salido de la habitación y nos hemos ido.

-Mañana tenemos que volver -le he dicho a Miguel-. Tenemos que conseguir todas las pruebas posibles: fotos de la casa, fotos de él... En fin, todo lo que podamos conseguir.

-De acuerdo.

-¡Qué sueño tengo! ¿Conduces tú, Miguelito? -Claro que sí.

Y hemos vuelto a nuestro hotel de Figueres. Mañana por la mañana seguimos.

Jueves, 25 de octubre de 1989

Estoy agotada.

Por la mañana hemos vuelto a casa del falso Urpiano. Ángela ya se había ido porque su coche no estaba. Hemos entrado por la cocina. En la planta baja no había nadie.

-¿Qué hacemos si Urpiano, o cómo se llame, está trabajando en el estudio?

-Ni idea.

No sé por qué, yo sabía que no iba a estar.

Hemos entrado en la biblioteca. La pared que comunica con el estudio estaba cerrada. Miguel ha tocado algo, la pared se ha movido... Afortunadamente en el estudio no había nadie. Hemos hecho muchísimas fotos: de la pared de la biblioteca, del estudio, de los cuadros...

-Tengo una idea -ha dicho Miguel.

-¿Cuál?

-Seguro que en la biblioteca hay algún papel o algo... ¿Por qué no miramos un poco? -Vale.

En un archivo había una carpeta que ponía: «Urpiano». -Aquí por lo menos hay mil artículos de periódico y revista...

-O sea, que tienen todos los artículos que han salido sobre Urpiano. -Exacto. -¡Aja!

Luego, he buscado en los cajones del escritorio. Había un pasaporte. El pasaporte del novio de Ángela. Lo sé por la foto. Lo he cogido. Si piensa escaparse de España no va a poder. Es vasco, de San Sebastián. Se llama Koldo Arregui Elorza y tiene treinta y un años.

Nos hemos ido a Figueres. He pagado el hotel. Miguel me ha acompañado en nuestro coche alquilado hasta Barcelona. Yo he cogido el avión de las siete menos cuarto y el se ha quedado. Mañana tiene que devolver los ficheros de «Diseño Art». Y me parece que, además, quiere despedirse de María, la dependienta. Mmm.

A las siete y media he llegado a Madrid y una hora después estaba en mi casa, en la Plaza de la Paja³⁴.

Carmela, mi vecina, una sesentona, vasca, muy amiga mía, me ha dejado una nota en el salón. «Te he regado las plantas y he dejado comida hecha en el congelador. Solo tienes que ponerla en el microondas. Un beso. Carmela».

Algunos días me invita a cenar. Es muy buena cocinera. Cuando me voy fuera, le dejo la llave. Es como una madre, pero sin los inconvenientes de las madres.

En el congelador había comida para diez personas. Carmela es así. He puesto un pollo a la chilindrón³⁵ en el horno y he empezado a revelar las fotos. Mañana veré a Cayetano Gaos. ¡¡¡Bien!!!

Viernes, 26 de octubre de 1989

Paco, Margarita y Feliciano estaban muy aburridos. Estos días no han tenido nada de trabajo. Por eso, Margarita se ha pintado las uñas dos veces al día y ha leído todas las revistas del corazón, Feliciano ha engordado un kilo gracias a los bocadillos y a que ha estado toda la semana sentado mirando a Margarita y Paco ha comido más chocolate que nunca. ¡Un magnífico equipo de trabajadores!

-Margarita, llama a Cayetano Gaos. A las once y media lo espero aquí.

Le he explicado a Paco todo lo que hemos descubierto. Paco se ha quedado encantado.

Antes de la reunión con Cayetano, me he encerrado en el baño y he hecho una cosa que nunca hago en el trabajo: me he pintado los ojos y los labios y me he puesto mi mejor perfume. Quería estar guapa. Más guapa, vaya.

A las once he empezado a tener un poco de taquicardia. Me pasa cuando estoy enamorada. A las once y media en punto Cayetano ha entrado en mi despacho. Le he sonreído desde mi mesa. En realidad quería abrazarlo como Ingrid Bergman a Bogart en *Casablanca*.

-Cayetano, me debes setecientos cincuenta mil pesetas y doscientas treinta mil de gastos.

-¿Dejas el caso? -me ha preguntado un poco triste.

-Sí.
-Por favor... Te necesito...
Ha dicho «te necesito». Me necesita a mí, a mí... -Lo estás haciendo muy bien -ha continuado diciendo. -Cayetano, lo dejo porque está terminado. -¿Quééééé? ¿Lo dices en serio?
-Completamente en serio. Tenías razón: Urpiano no existe. El falso Urpiano es un hombre de treinta años que vive en esta magnífica casa de la Costa Brava... Se llama Koldo Arregui Elorza.
Le he dado el pasaporte y le he enseñado unas fotos.
-¡Caramba! -ha exclamado- ¡Qué casa!
-Tiene el estudio escondido detrás de la biblioteca.
Le he enseñado más fotos.
-Vaya, vaya, vaya...
-Y en el estudio tiene terminados unos veinte cuadros más...
-¿Y ahora qué tengo que hacer?
-Tienes que ir con el pasaporte y las fotos a la policía. Y la policía va a detenerlo... -Pues voy a ir ahora mismo. -Mejor.
-Eres maravillosa, Lola. Una verdadera maravilla.
-Pues todavía no me conoces -le he dicho.
A veces digo cosas así.
-Me gustaría...
-¿Te gustaría qué?
-Conocerle.
No le he dicho: «A mí también». Pero me he puesto muy colorada.
-¿Puedo llamarte la semana que viene para salir a cenar y celebrarlo? -me ha preguntado. -Claro.
-Toma, te dejo aquí el cheque. He puesto una pequeña propina para ti. Gracias por todo, Lola y hasta la semana que viene.
Me ha besado. Como Bogart a Ingrid Bergman en *Casablanca*. ¿ Me ha besado por amor o por amor al arte? No importa.
Cuando he visto el cheque casi me muero. Un millón dos-(entas cincuenta mil pesetas. Soy millonaria³⁶. Bueno, casi. Porque tengo que pagar a mis socios.
Hay una cosa que no le he dicho a Cayetano y que nunca se la pienso decir: la existencia de Ángela Hernández. Su novio, Koldo, falsifica cuadros porque ella misma lo ha organizado todo. La historia es más o menos así, creo: hace unos diez años ella tiene unos cuarenta y tres años y tiene un novio joven, jovencísimo, que sabe pintar pero que no vende sus cuadros... Entonces ella se inventa la historia de Urpiano, empieza a explicársela a unos cuantos amigos, los amigos se lo explican a otros, los periodistas la publican en la prensa, los críticos elogian, aparecen los primeros cuadros, empiezan a ganar dinero... y así siguen. Ella compra la pintura y los lienzos. Así nadie sospecha de su Koldo. Él vive como un rey en una casa maravillosa y ella vive en un pequeño *bungalow* y sigue trabajando como enfermera...
Las mujeres hacemos muchas tonterías por los hombres.
A las siete y media de la tarde he cogido el teléfono y he marcado el número de Ángela. Estaba en casa.
-¿Diga?
-¿Ángela Hernández? Soy la chica del otro día, la representante de «Colours». ¿Te acuerdas de mí? -Ah, sí, claro, dime.
-Mira, es que te ha tocado el viaje a Nueva York, ¿sabes? -¿En serio? ¡Qué bien!
-Y resulta que mañana sábado al mediodía tienes que venir a Madrid para firmar unos papeles... Vas a tenerte que quedar en Madrid un día o dos, ¿te va bien?
Ángela no podía decir que no. Teóricamente es una enfermera que gana poco dinero. Y una persona que gana poco dinero tiene que aceptar un premio como ése.
-Sí, por supuesto.
-Al llegar a Madrid, vas directamente al Hotel Victoria. Yo te iré a buscar allí, ¿de acuerdo? -De acuerdo.